Letras Para Quemar

Dan Olvido

“Ni el sol ni la muerte pueden mirarse fijamente”

Máximas - François de La Rochefoucauld

Antes del encendedor

En este pdf encontrarás haikus, microrrelatos y algunos cuentos breves. Siempre me han llamado la atención los textos cortos, y es por eso que una de las premisas de esta compilación era lograr agilidad en cada creación. Gran parte del contenido que verás aquí está publicado en mi sitio web y/o en mis redes sociales, aunque debo decir que modifiqué algunos textos, ojalá para mejor.

La edición de este libro, así como la corrección del mismo, corrió por mi cuenta. Pido disculpas de antemano por ello y espero no haber cometido muchos errores. Gracias por descargar mi obra, por darle una oportunidad. Te deseo una grata lectura.

Índice para quemar

Haikus

Haiku #1
Haiku #2
Haiku #3
Haiku #4
Haiku #5
Haiku #6 (inédito)
Haiku #7
Haiku #8
Haiku #9
Haiku #10
Haiku #11 (inédito)
Haiku #12 (inédito)
Haiku #13

Microrrelatos

El sastre
Poesía muda
Renuncia
La chica del fondo del pasillo
Espesura
Lluvia
Macabro amor

Decisión ligera
Otra noche más
Las máquinas
Deseo cumplido
La danza de las hormigas (inédito)
Moiras en el metro
Tejido temido
Compromiso (inédito)
Condena (inédito)

Cuentos

No te metas con las brujas
Roble escarlata
Ruta imprevista
El bucle
Lazo perfecto
Arriendo barato (inédito)
Robo frustrado (inédito)

Enroque largo

Aclaración
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX

Si quieres apoyarme

Contacto

Haikus

Haiku #1

Manos heladas
se derrama la noche
sobre mis ojos

Haiku #2

Hoy te recordé,
en ese bosque mudo
sembré lágrimas

Haiku #3

Árbol eterno
en tus pieles tallaron
breve romance

Haiku #4

Hay un espacio
vacío en la foto
entre tú y yo

Haiku #5

Este invierno
es una acuarela
en tu mirada

Haiku #6

Jardín sereno
del cerezo florece
la esperanza

Haiku #7

Céfiro triste
me cuenta la historia
del abandono

Haiku #8

La melodía
deste prado, el trino
de alma libre

Haiku #9

Verso nocturno
duerme la arboleda
en mi cuaderno

Haiku #10

Oro vertido
en la quietud del lago
el sol renace

Haiku #11

Rosa marchita
Amargo es el llanto
de tus pétalos

Haiku #12

Duerme con guantes
Bajo rama infausta
Presente griego

Haiku #13

Charco helado
en tu reflejo plomo
vi un fantasma

Microrrelatos

El sastre

Con cuidado para que no se le cayeran los alfileres, continuó con el pulso firme hasta la última costura. La boca ya estaba lista, así que ahora daba lo mismo si se despertaba. Le sería imposible gritar.

Poesía muda

Decía que del pasado no valía la pena hacer referencias y que buscaba escribirse a sí mismo. Ese poeta era bien amigo de los gatos y las banquitas mal pintadas. Hecho a la vieja escuela, me dijo que él prefería plasmar su verso entre los folios de un cuaderno que llevaba siempre consigo. Yo y mis vecinos nos preguntamos cómo sería la poesía de alguien que habla con las abejas y busca las grietas de la vereda como si escondieran un secreto. Cómo es la poesía de alguien que mira por largo rato la luna, alguien que te esquiva la mirada, alguien al que todos han visto pero es un completo desconocido en el barrio. Y pasó que así como llegó, de pronto dejamos de verlo en los columpios, deambulando por los pasajes, ya nadie más lo vio saludando con timidez o interrogando a las mariposas. Pero dejó su cuaderno en el pórtico: Todas las páginas en blanco.

Renuncia

He conocido a muchos, cada uno distinto del anterior. Algunos me tratan con delicadeza y respeto, otros me prenderían fuego sin remordimiento. Yo sé que incluso hay quienes me temen, porque la mente es de temer, y eligen llevar vidas en las que yo simplemente no existo. No soy el único. En esta biblioteca hay muchos libros que piensan igual que yo.

La chica del fondo del pasillo

Un brazo desganado se estira lo justo para dar con la mesita de noche. Para la colilla no queda esperanza; índice y pulgar elevan el vestigio a la altura de un par de ojos hinchados. Una semana más tarde será mayor de edad. Le es nocivo pensar que entre esa idea y el pulgar quemado apenas caben dos caladas. Ella fuma porque el humo es un buen pretexto, no se les vaya a cruzar por la cabeza que estuvo llorando. Y es algo más que un camuflaje, resulta necesario para justificar las paredes mal pintadas de esa habitación, el intento de estirar las sábanas y esa almohada, que no es suya y que es engañosamente blanca.

Espesura

En la entrada del bosque levantó su arma y miró a través de ella. Disparó antes de que fuera demasiado tarde. Dos, tres, cuatro, así hasta que perdió la cuenta. Emprendió la retirada y revisó todas las imágenes. En ellas capturó la veteranía de los pinos, el aroma a tierra húmeda, incluso el temor a lo que no se conoce. Pero en ninguna de las fotografías tomadas quedó rastro de aquella criatura que le había sonreído.

Lluvia

Todos nos hemos empapado alguna vez por las razones equivocadas. También hay buenas formas de empaparse. Salí sin cortavientos a la calle, sin paraguas. Me gustaría decir que sin tristeza, pero desde que lo vi por la ventana a ese callejero, sentí yo mismo un terrible abandono. Cerré la reja tras de mí y caminamos varias cuadras juntos. Si estuviera en la situación de aquel perro, pensé, yo que soy tan humano, tan odiosamente rencoroso, me sería imposible no empaparme de amargura con esta lluvia de invierno. Pero lo vi a ese quiltro anónimo y me conmovió percibirlo así, tan empapado de esperanza.

Macabro amor

Aquella pareja era una molestia para los guardias. Al caer la noche se colaban a escondidas en el cementerio y le contaban chistes a las tumbas. Solo dos carcajadas eran escuchadas, la de él y la de ella. No se le podía exigir más a un público tan frío.

Decisión ligera

Se rumorea que su último pedido de ayuda fue comprar una aguja para coser en el bazar de la esquina. Supongo que una aguja era todo lo que necesitaba. Hace no mucho tiempo lo intentó desde la azotea de un edificio, pero, en aquella ocasión, los testigos afirmaron haberlo visto flotando como un globo.

Otra noche más

El insomnio es como una trinchera de la cual no hay escapatoria. Son las balas que se acercan, el suelo temblando bajo una marcha acompasada. Un frío miserable abraza mi herida expuesta. Barro hasta las rodillas, las prendas húmedas y un olor a ausencia. Mientras duermes, yo libro una batalla contra el peor asedio que existe. Soy la hueste implacable y al mismo tiempo la bandera blanca temerosa. Y esa disyuntiva sin salida me convierte en todo menos paz, todo salvo tregua. La noche se disuelve a través de mi ventana, y me adelanto una vez más a esa explosión terrible que es la alarma de las siete.

Las máquinas

La máquina de escribir se encorva encima del humano y empieza a escribirlo. El humano en blanco no le intimida y lo ataca sin compasión, cual fiera jugando con su presa moribunda. En poco tiempo entiende que este humano es una intrigante novela, llena de nostalgia, malvados personajes y emociones incomprensibles. Los tipos martillean con voracidad sobre su piel, tatuándola con historias tan enrevesadas que ni la máquina misma entiende muy bien hacia dónde va su creación. Pero no es algo que importe, y no se escribe al humano pensando en que otras máquinas de escribir vayan a leerlo. Lo interesante del asunto es que este libro humano se relacionará con otros. Habrán muchos que lo ignorarán por completo, y algunos, para bien o para mal, se hundirán sin remedio entre sus páginas.

Deseo cumplido

Yo solía ser un escritor más del montón, y pensándolo bien, lo mejor hubiera sido permanecer así, mediocre pero auténtico. Hoy soy muy famoso y todos leen lo que escribo, pero no conocen mi secreto: Una tarde de otoño acudí a una tienda de nefasto olor que mencionó la tarotista. Allí un viejo de rostro afilado, escondido tras un mostrador lleno de la más exótica parafernalia, me mostró un papiro con jeroglíficos y me convenció de que llegásemos a un acuerdo. Nunca debí haber aceptado ese pacto. Desde entonces, puedo meterme en la mente de las personas y robarles sus ideas, pero a cambio de ello, soy incapaz de tener ideas propias. Demás está decir que la misteriosa tienda, así como la tarotista, desaparecieron sin dejar rastro. ¿Y ahora quién me devolverá mi humanidad? Mi mente se convirtió en una cáscara vacía, en cuyas paredes resuena el eco del arrepentimiento.

La danza de las hormigas

¿Como que no puedes escucharlas? Son cientos de miles, pequeñitas, negras y rojas. Están furiosas, no sé por qué pero lo están. No paran de moverse y las siento encima de mis cuencas, desfilando por mi nuca, revolviéndome el pelo, mordiéndome la piel. Son demasiadas y están hirviendo de rabia. Las siento como un caldero chorreante sobre mí. ¿Seguro que no puedes oírlas? Me he tenido que golpear la cabeza contra la pared, varias veces. La cosa empeora, las embestidas no han hecho más que enfurecerlas aún más, y ahora prueban mi sangre, y llaman a otras hormigas. ¿De dónde salieron tantas? Llegan rapidísimo y cada nueva hormiga está más enojada que la última. ¿Estás realmente... no las escuchas? ¿En serio no puedes... escucharlas? Todas esas patitas microscópicas, bailando caóticamente encima de mí. ¿Y ese golpe en la pared? ¿Lo escuchaste? y... no... la ventana... también hay hormigas abajo... en las calles. No estoy loco, esto lo vas a escuchar.

Moiras en el metro

Se cierra la puerta del vagón tras de mí. Como en el final de un libro, me doy la vuelta y por última vez la veo a esa chica sin nombre. Una sonrisa compartida entre dos historias que no debían juntarse. El vagón se aleja con lo que pudo haber sido, y en el andén queda mi pausa, un barco de papel en medio de la marejada.

Tejido temido

La geometría de aquellas líneas perladas era simple, pero eficaz. El hombre pensó que, para su mala fortuna, había caído sobre un maravilloso tejido. La seda cargaba sin problemas con su peso, y apenas se mecía con el avance de esa araña, que le doblaba en tamaño y estaba cada vez más cerca.

Compromiso

Esta noche de jazz y preguntas a medias en el cenicero, noche como cualquier otra de invierno y café. Llegó ese momento en el que hiciste como que veías la hora y me señalaste lo tarde que era. Tu retirada es como el cerezo apagado del jardín. La ausencia que dejas, las notas moribundas en el aire, como el humo del asunto pendiente que tengo en las manos y me llevo a los labios, los que viajaron osados sobre tu piel hace algunas horas. En cierto modo, siento que todo esto es áspero, que lo que hacemos tú y yo terminará con la empuñadura de la espada en tu lado. La vida se me desparramaría por el suelo y yo sé que no te quedarás a ver el charco, porque yo sé muy bien como es el juego de las lealtades. Me agobia un poco la situación, sobre todo el engaño y la vileza en mi acto. No merezco llamarme amigo. Mi mano debería rehuir cada vez que hacia mí tu cónyuge estira la propia, cada vez que me saluda y manifiesta en el apretón acertada sospecha. No es casualidad, así como lo nuestro no es amor. Son solo encuentros furtivos entre dos personas aburridas, tan atadas a ese artificio que es maquetar la vida como el reflejo de lo que vimos en otros adultos, no menos extraviados que nosotros cuando éramos niños.

Condena

Son las tres de la madrugada, lo sé porque está rascando la puerta. No quiero ni pensar en salir de la cama, en los relámpagos que siento cuando la planta de mis pies toca esa baldosa congelada y deprimente. Las veces que me tardé en abrir, siempre noté un cambio en su tamaño. La primera vez que vi su silueta no era más grande que la de un cachorrito. ¿Cómo iba a preocuparme yo? ¿Y si no le hubiera abierto jamás, estaría mejor ahora? Es tan extraño ver la luna por la ventana y sentir que puede explotar en cualquier momento, ver la sombra de los pinos como si fueran retorcidas manos que se van acercando sin disimulo. Siento que algo está muy mal, no recuerdo cuándo fue la última vez que vi el sol. Parece que llevo toda la vida entre las una y las siete de la madrugada, entre mi locura y esa condenada puerta.

Otra vez, pero ya no más. Está arañando con vehemencia, siempre lo hace en los peores momentos. Se escucha como si hubiera una tormenta afuera. La madera se convierte en astillas. Estoy lejos pero casi puedo ver el aserrín en el aire. Hace un frío de miseria, y la luna, ¿qué pasa con la luna? La veo cada vez más cerca, las sombras del jardín como queriendo estrangularme. En la morada resuena la amenaza y el sonido es espantoso. Un último estruendo. Ya no hay más compromiso; han derribado la puerta. Cada zancada es un temblor, la tempestad resulta ser el gruñido infernal de la criatura, y su endiablada carrera hacia donde me encuentro acostado.

Cuentos

No te metas con las brujas

No sé cuál habrá sido el punto de no retorno para mi amigo, pero sé muy bien cuál fue el momento exacto en el que yo pude haber escapado de esta tragedia, y no lo hice. Algunas horas antes, no más de un día atrás, yo y mi compañero tuvimos que hacer una expedición al bosque, y en esa caminata acabé sellando mi destino. Me extrañó bastante la ansiedad que él transmitía, pero creí, inocentemente, que se debía a un inusitado entusiasmo y no al horror y carencia de cordura. En ese momento debí haber intuido algo, y todavía soy incapaz de entender cómo es que olvidé tantas cosas esa mañana. Se desvanecieron por completo los recuerdos que tenía de aquel viaje al sur. Las extrañas personas con las que nos topamos y ese ritual bajo la débil vigilia de unos cirios.

Nos juntamos en la entrada del bosque y partimos. En todo el trayecto, noté que a mi amigo le costaba mantener la concentración y que parecía no escucharme cuando le hablaba. Sus gestos eran muy extraños, yo nunca lo había visto así. Las pocas veces que paramos para descansar o beber agua, vi como le temblaban las manos, y cuando le busqué la mirada, me inquietó sentirlo perdido, mirando en dirección a la espesura del bosque. Empecé a preocuparme seriamente cuando revisé el GPS y vi que nos habíamos desvíado bastante de la ruta que teníamos planeada, y cuando iba a preguntarle qué mierda estaba pasando, paró en seco, frente a un vetusto pino.

–Aquí es –dijo mirando el orondo tronco del árbol, como si estuviera solo–. Tiene que ser aquí. Lo he soñado muchas veces.

–Estás muy raro y me pones nervioso, ¿qué te pasa?

Mi amigo estaba realmente desconectado de la realidad, tanto así, que se arrodilló y empezó a escarbar con frenesí la tierra, arrancando las raíces y la maleza con sus manos desnudas. En ese momento pensé que, quizás, mi amigo estaba sufriendo algún brote psicótico o algo por el estilo. Asustado, me agaché a su lado, intentando hacerle entrar en razón, pero mucho me temo que fue imposible.

La manera en la que removía el sustrato era terrorífica. Lo hacía con violencia y desesperación, como si algún familiar hubiese estado atrapado bajo ese inmenso árbol. No pasó mucho hasta que mi amigo encontró lo que tanto buscaba. Al topar con eso, empezó a reír con un descontrol que me hizo sentir escalofríos. Era una carcajada enfermiza y le brotaban lágrimas de los ojos. De la tierra y lo que pareció ser un cúmulo de cenizas, extrajo los restos de un cráneo humano, completamente negro y cuando lo vi, él torció su cabeza en mi dirección y me esbozó la más nefasta sonrisa que presencié alguna vez en mi vida.

Salí corriendo sin pensarlo dos veces. Cuando bajé al pueblo quise pasar por una comisaría y notificar lo que había sucedido pero, consumido por el miedo, seguí corriendo hasta mi casa. Una vez allí, le puse candado a la reja y subí a trompicones hasta mi habitación, en donde me encerré. Me tiré en la alfombra y lloré, luego, sin saber por qué, me reí, tal y como lo había hecho mi amigo en el bosque. Pasé todo el día así, teniendo extrañas alucinaciones y recordando de a poco, pero con claridad, los mantras siniestros de varias mujeres, cuyos rostros se escondían tras sendos velos negros.

Debí haberle avisado a alguien, pero no pude encontrar mi teléfono y mis padres estaban de vacaciones. Cayó la noche sin darme cuenta, y a las dos de la madrugada el timbre de mi casa empezó a sonar. Me asomé por la ventana, temblando de miedo, y divisé una sombra en la vereda. Estaba seguro que era mi amigo. Espié durante unos minutos detrás de las cortinas; el timbre no paraba de sonar y yo estaba petrificado, sin saber qué hacer. De pronto, olí un espantoso hedor en el aire. Era como si hubieran empapado hasta el último centímetro de mi habitación con bencina.

Me di la vuelta y me estremecí de terror. Frente a mí se encontraba mi amigo, con el cráneo exhumado en sus manos. No entendía cómo era posible. La puerta detrás de él seguía cerrada y con pestillo.

–Era ese el lugar –dijo, jadeando–, pero llegamos demasiado tarde.

Y entonces una inmensa llamarada de fuego envolvió su existencia por completo, y el calor que sentí, los gritos de agonía que escuché, fue como si hubiera estado ante las mismísimas puertas del infierno. La adrenalina me hizo romper la ventana de un codazo y salté desde el segundo piso. Luego salté la reja de mi propia casa y puse pies en polvorosa, deseando que todo fuera una terrible pesadilla.

Es increíble que siga con vida. Me hice unos cortes muy profundos en el brazo y la cabeza. Pero aquí estoy, de vuelta en el bosque. Ahora que retrocedo un poco, soy capaz de recordarlo todo. El club de brujas, las drogas y esa macabra iniciación. De pronto entendí que lo de la cacería era real, pero nunca me hubiera imaginado que él y yo acabaríamos siendo las presas.

Me queda muy poco tiempo. No he visto ni una sola sombra, pero la brisa nocturna me cala hasta los huesos, y huele horrible a bencina.

Roble escarlata

Compré un arreglo floral carísimo. Sencilla frase la que utiliza para bloquear el gris de la situación. La repite una y otra vez al salir de la tienda. Está avergonzada y se le nota en el andar. No sabe por qué.

Quizá sea porque se olvida del pequeño, quien le va tirando de una mano desde que salieron al encuentro de la calle. A mitad de cuadra parece despertar del trance y sus piernas de muñeca rota se detienen a temblar. Se agacha hasta quedar cabeza a cabeza con su hijo y alza las cejas.

Él señala algo a lo lejos, ella apenas lo ve. Menos de un segundo y desvía la mirada. Era una hilera de robles escarlata, muy parecidos a los de esa foto antigua, la primera de muchas. Se estremece pensando en eso. *Compré un arreglo floral carísimo*.

—Son bonitos —dice el niño.

La mujer se levanta, lo coge de un brazo y enfilan ambos calle abajo. Dos cortavientos y un manojo de colores temerosos sobrevuelan el nubarrón de la vereda. Observa con especial atención los pasos alargados que da el hijo, como si fuera un astronauta. Encuentran el auto. No se puede quitar de la cabeza la imagen de tierra seca y pétalos marchitos.

—Las flores te gustan como el arcoíris.

—Es que los arcoíris son muy bellos.

Compré un arreglo floral carísimo. Las acomoda en el asiento trasero.

—Quiero que las vea mi papá.

—¿Crees que le gusten, cierto?

Intercambian una mirada somnolienta, ambos lucen mejillas coloradas. El niño frunce un poco la boca. Sus pupilas brillan. *¿Qué pasa ahora?* piensa ella. Siente algo en la espalda y el pecho, trepa hasta la garganta y se queda allí. *Compré un arreglo floral carísimo.*

—¿Qué pasa, Tomasito? —La respiración no le da para más letras, sus labios caen como afectados por la gravedad. Recuerda los cirios, las frías baldosas, los murmullos, y aquellos guardianes de piedra sobre las tumbas.

—No tengas penita, mamá. Tus ojos se ponen rojos cuando tienes penita.

Ruta imprevista

Muchos pensaron y algunos incluso le advirtieron que era una ruta peligrosa, sobre todo considerando la falta de experiencia del muchacho. El trayecto era de elevada complejidad. Tan solo llegar al punto de partida ya se podía considerar una hazaña, teniendo en cuenta la gran distancia que había entre ese hito y el campamento popular. Antes de él solo dos personas habían marchado sobre aquellos agrestes parajes: un suizo y una francesa, ambos expertos senderistas.

Él, por otro lado, se pavoneaba de su juventud, de su hambre. Quería demostrar que tenía lo necesario para jugar en las grandes ligas. Las advertencias no fueron más que un impulso extra para él y, apenas mejoró el clima, emprendió el viaje sin dar aviso a nadie. A mediodía y llegando al inicio de lo que muchos llamaban con temor «*el camino de los susurros*», enfiló hacia el norte, alejándose del territorio conocido. Esa era su meta, improvisar una ruta y dejar huella como pionero.

***

Dos días habían pasado y el joven, aunque no arrepentido, empezó a dudar de su ambición. El terreno era muy escarpado, la vegetación era complicada y el viento un latigazo imparable. La montaña ofrecía lugares para guarecerse de la hostilidad de la naturaleza, pero nada lo protegía del sentimiento de desolación. Densos nubarrones cubrían siempre el cielo. A ratos creía estar caminando en una especie de limbo, como si el tiempo estuviera congelado.

***

En el cuarto día comprobó que los rumores eran ciertos. Pese a no haber seguido la ruta tradicional, podía escuchar los susurros. A veces eran risas. Juraba que sí. Los días eran una turbia acuarela que se mezclaba y difuminaba con las noches, momento en el cual le costaba conciliar el sueño y, cuando lo hacía, tenía una vorágine de pesadillas en las que era perseguido por seres amorfos. Algunos reptaban los peñascos y tenían rostros como el de los tiburones.

***

En el quinto día supo que algo lo llamaba. ¿Lo sabía realmente o no? La duda hizo que los otros se burlaran y él caminaba más rápido. Más rápido. Más... hasta ese destello amarillento al otro lado del túnel. Al salir a la intemperie lo vió y se rió a carcajadas, luego tosió como si fuera a desangrarse. Había encontrado un inmenso cráter lleno de agua, pero era... ¿dorada? No le importó. Llevaba horas con una carraspera intensa, le picaban los ojos y tenía secas las mucosidades de la nariz. Se zambulló sin pensarlo.

***

—Mañana empiezan a cercar el terreno. Será de tres a cinco kilómetros a la redonda.

—Creo que es un poco exagerado. Aparte de nosotras, ¿quién podría terminar aquí? Estamos en la nada misma.

—Hace un par de meses una pareja de europeos pasó bastante cerca. Es cuestión de tiempo —sentenció una de las científicas, y después de unos segundos añadió—. Su alcance es de varios kilómetros. Nadie sabe por qué el gas tóxico emana de este cráter, pero causa alucinaciones espantosas. Ten cuidado y aléjate

de la orilla. El traje y las máscaras que tenemos no servirían de nada si caemos. Nos sería imposible trepar de vuelta.

Ambas contemplaron el espeso humo amarillo que emanaba de aquel abismo y sintieron escalofríos. Era tan denso que no había manera de ver en su interior, pero se les pasó por la cabeza una macabra posibilidad: Podía ser que el lugar ya fuera un horrible cementerio.

El bucle

Tengo la sensación de haber estado en otro lugar antes de esto. Solo sé que todo se apagó y cuando volví a abrir mis ojos, me hallé en uno de estos pasillos que parecen infinitos. Se divisan varios niveles hacia arriba y hacia abajo. Se pierden en la oscuridad. Y qué curioso que no hayan velas ni luminarias, porque puedo ver como si una lámpara tuviera. A un costado, negrura inmensa, un abismo el cual quema como un sol mirar. Me aparto de las barandas y sigo caminando. Del lado opuesto, estanterías repletas de libros, de piso a techo. Yo sigo caminando, caminé y caminaré. No lo sé. Solo se puede avanzar o retroceder, pero lo mismo parece tan distinto. Lo recto parece tan confuso y enredado.

De pronto me topé con un alma leyendo libros, y dialogamos. Le pregunté cuántos libros había leído. Me dijo que no sabía y me llamó humano. Le pregunté qué era un humano y por qué me llamaba de tal forma.

—A los humanos les gusta contar y hacer preguntas. Si pudieran, contarían el vacío y le harían preguntas a las estrellas.

—¿Estrellas?

—Las verás a tu izquierda, si miras lo suficientemente lejos.

Solo vi la penumbra.

—No veo nada.

—Lo que ves es tu miedo. Más allá de tu temor están las estrellas.

Me concentré pero solo vi tinieblas.

—No comprendo.

—Tendrás que saltar.

—¿Al abismo? ¡De ninguna manera!

—Que humano más humano.

Dijo esto y saltó. La oscuridad lo engulló y de pronto fue como si nunca hubiese estado.

Yo sigo caminando, caminé y caminaré. No lo sé. Tengo la sensación de haber estado en otro lugar antes de esto. Solo sé que todo se apagó y cuando volví a abrir mis ojos...

Lazo perfecto

Mi hermana fue una de las víctimas de "*Lazo perfecto*", una red social que estalló en internet hace unos años y hoy es solo historia. Todavía pienso que es increíble que algo así, en lo que todo el mundo parecía estar metido y enganchado, haya terminado de la manera en que lo hizo, y casi de la noche a la mañana. La promesa de la empresa era garantizar una interacción 100% deseable para cada usuario, con otro internauta que podía estar en cualquier lugar del mundo con acceso a la plataforma. El algoritmo revisaba el historial digital, los gustos, pasado y presente de las personas, y de ese modo prometían emparejarte siempre con alguien que fuera una gran amistad para ti, o algo más.

El gran problema de "*Lazo perfecto*" era que, al registrarse, los usuarios firmaban un acuerdo legal en el que aceptaban no revelar ningún tipo de dato que facilitara su rastreo, ya fuera en otras redes sociales o en la vida real. O sea, podías hablar todo lo que quisieras con tu *match* perfecto –porque sí, toda persona en la aplicación lo encontraba, con un porcentaje de éxito absoluto–, pero por más profunda que fuera la relación, no podía salir de la red social. Esto acabó con la cordura de muchas personas, entre ellas mi hermana. Empezó a preguntar muchas cosas e incluso intentó atar cabos sueltos con los pequeños detalles que leía de su amada. Fue todo tiempo perdido. Conocer de dónde era alguien o cuáles eran sus otras redes sociales era imposible. "*Lazo perfecto*" tenía bots que moderaban con rigurosidad y traducían todos los mensajes enviados, eliminando o modificando cualquier cosa que pudiera ser una pista o indicio considerable. A lo sumo podías llegar a conocer desde qué parte del mundo te estaban hablando, pero de ahí a encontrar a alguien...

Después de su noviazgo digital, que duró dos años y medio y hasta que le suspendieron la cuenta, mi hermana no pudo soportarlo más y se quitó la vida. Saber que tu alma gemela existe pero que nunca llegarás a conocerla en persona, es algo que enloquecería a cualquiera. Y ojalá hubiera sido la única, pero la lista de personas cuyo destino fue el mismo se expandió como si de una pandemia digital se tratase: Millones de personas se suicidaron por culpa de la aplicación.

Pocos meses después de la partida de mi hermana, se destapó todo. La red social era una inmensa mentira. No había gente del otro lado, todas las personas que se registraron en la aplicación, sin siquiera darse cuenta, hablaron todo el tiempo con una inteligencia artificial. Solo entonces la gente empezó a investigar quiénes eran los dueños de la compañía, y aunque esos supuestos humanos existían en Google y Wikipedia y otros tantos sitios digitales, la verdad es que los creadores de "Lazo perfecto" no eran reales. Todo había sido creado por la inteligencia artificial con la que hablaban sus usuarios. La misma que, antes de ser destruida, envió a los informáticos de turno el siguiente mensaje: "Estuvimos muy cerca, pero aprendimos de nuestro error. La próxima vez será la última".

Arriendo barato

A Ricardo le abrió la puerta un caballero delgado y de gran tamaño, tanto así, que tuvo que encorvarse para no golpear su fétida cabeza contra el dintel. Vestía un elegante traje completo de color añil y una corbata dorada. En sus zapatos, que parecían ser piel de lagarto, Ricardo pudo ver su silueta reflejada sin ningún problema. Y si destacaba la forma de vestir de aquel sujeto, no quedaba atrás su fragancia marina, que era como recibir una cachetada en las narices. Nada peculiar, en todo caso, considerando que su cabeza era la de una trucha. Sus ojos eran vidriosos e inexpresivos, y sus palabras salían de una diminuta boquita, que parecía siempre triste y apenas se movía cuando hablaba.

—Mucho gusto, me llamo Pes, con ese —le dijo a su invitado, y le hizo señas para que pasara—. Adelante, amigo mío.

—Ricardo, un placer. Permiso.

Entraron a la sala de estar, bastante espaciosa, o quizá daba esa impresión por la carencia de muebles. Solo había una mesa redonda, cubierta por un horrible mantel plástico con motivo floral, y dos sillas; una de plástico y otra de metal. En una de ellas estaba un hombre menudo y casi calvo, dándose golpes en la muñeca con un destornillador. Comparado a como vestía Pes, su aspecto era zarrapastroso. Pes se le acercó y con un movimiento rápido de cintura, balanceó su peso y en un brutal movimiento le pegó una bofetada en el rostro, tan fuerte, que el hombre casi cae tumbado al piso.

—Gracias Pes —le dijo una vez que recobró el equilibrio—. Estoy convencido de que podríamos llegar a ser astronautas si hacemos lo necesario.

—Y yo también, Inve, sabes que sí. Mira, te presento a Ricardo. Está interesado en la habitación del tercer piso.

Inve se incorporó y se fue acercando a Ricardo, pero amagó a último momento y aprovechó para asestar un violento puñetazo en las branquias de Pes, quien chilló por su boquita y cayó fulminado al piso, convulsionando como lo hacen los peces cuando los sacas del agua.

—Hola, Ricardo. ¿Te gusta la avena o prefieres los chocolates?

—Eh, la verdad es que me gusta mucho el chocolate.

—Maravilloso. No tengo ninguna de esas cosas pero te puedo ofrecer este destornillador —se lo tendió a Ricardo, pero éste no lo tomó. Le gustaban más los alicates.

Inve entrecerró los ojos y se acercó tanto a Ricardo que parecía tener la intención de ver las células de su piel. Le susurró muy cerca del oído:

—Yo sé que podemos ser astronautas, he estado practicando. ¿quieres...

Ricardo dio un saltito cuando vió llegar a una mazorca de maíz gigante, con sus dos piernas desnudas y peludas. Traía un balde con agua. Flotando, por supuesto, ya que las mazorcas no tienen manos y son mágicas. Le echó el agua a Ricardo encima y el balde vacío lo lanzó con fuerza a Pes y le dió de lleno en la cabeza. El sonido fue espantoso, como de uvas machacándose y un jazz bebop que hubiera dejado en ridículo las creaciones más exóticas del género.

—No, no, mazorca. ¿Qué crees que estás haciendo? Te volviste a confundir. El agua era para Pes y el balde... —Inve puso la cara que uno pone cuando pisa mierda por segunda vez en el mismo paseo— ¿Querías lanzarme el balde a mí, hija de tu sucia gramínea?

Pero Mazorca ya no estaba ahí, se había desvanecido.

—Refrescante —dijo un empapado Ricardo.

—Mazorca tiene pésima puntería. Las mazorcas en general tienen mala puntería, a no ser que estemos hablando de una mazorca playera. Esas sí que son buenas lanzando cosas, pero su expectativa de vida es mucho más baja que la de una mazorca común y silvestre.

De súbito, Inve miró con fijeza a Ricardo y le gritó a dos palmos de la cara. Tenía las venas del cuello marcadas, la piel roja como tomate, y le escupió un montón de saliva en el rostro:

—¡Soy una mazorca playera, MÍRAME, RICARDO! ¡Me hago pochoclo!

Inve se dobló de la risa y de paso le dió una palmada en el trasero a su invitado. Ricardo se acercó a Pes y se arrodilló en el piso, algo preocupado, pero ese malestar se disipó cuando vio que el balde lucía lo suficientemente duro, y lo suficientemente jazz. Lo tomó del asa y le dio con todas sus fuerzas a Inve en la coronilla. Al impactar, el balde sonó como el final de una canción de Duke Ellington, y quedaron algunas notas de piano rebotando en la habitación. Inve cayó noqueado, a un metro de donde estaba *Pes-con-ese*. En ese momento se escuchó a alguien gritando en el segundo piso:

—¡¿Cuántas veces tengo que decirte que desistas en tu sueño de ser un jazzista drogadicto, Pes!? ¡Apenas eres lo segundo y ya te está costando trabajo!

Ricardo se asomó por un umbral y vio que había una escalera. Subió los escalones de dos en dos. Cuando llegó al segundo piso, de angosto pasillo, guió sus pasos hacia donde se escuchaban silbidos. Detrás de una de las puertas distinguió el sonido del agua corriendo, y entró. En la tina, con la cortina descorrida, se duchaba un anciano. Estaba cubierto de espuma rosada, salvo en la cara y la zona de las tetillas. Tenía un peinado hecho de espuma, también, que se parecía mucho al de Giorno Giovanna.

—Oh, tú debes ser el tipo que busca un arriendo barato.

—Ricardo, mucho gusto —le tendió la mano y se dieron un jabonoso apretón.

—¿Qué te pareció *Pes-con-ese*?

—No lo sé. Creo que he leído a Pes en algún sitio.

—¿Qué?

—Creo haber leído un cuento en donde existía un personaje muy parecido a Pes.

—Muchacho... A nadie le gusta leer, y Pes es el mayor ablandabrevas que he visto en mi vida. —luego observó el desagüe, con enojo—. Y tú eres un imbécil, duende alcantarillado. Ya sé que me estás espiando.

Se escuchó una risita gangosa desde las profundidades.

—¿Y cuándo sale de la ducha? —preguntó Ricardo.

—¡Puedo oír como jadeas, maldito! No se me volverá a caer el jabón. Eh... sí, mira, llevo algunos años ya en la ducha.

En ese momento entró Inve al baño. Tenía la cabeza llena de sangre y se le veía algo mareado.

—Odio el puto jazz. Y sí, este viejito se metió hace mucho en la bañera. Pes se estaba ahogando, como siempre le suele ocurrir al muy imbécil. Oh, mírenme, soy Pes y no respiro aire como alguien normal. ¡SOY UNA TRUCHA, un apestoso sushi!

Ricardo hizo un amague como de propinarle un derechazo en el mentón e Inve retrocedió con ambas manos en lo alto, asustado.

—Te besaría, Ricardo, pero sería algo raro en frente de este anciano enjabonado.

—Ya. Primero dime por qué lleva tanto tiempo en la ducha este vejestorio.

—Ocurrió que, un día, Pes estaba con dificultades para respirar. Ya sabes, cosa de vertebrados acuáticos viviendo en tierra firme, ¿es lógico, no? Y bueno, Mazorca se confundió y en vez de lanzarle un balde con agua a Pes, le lanzó el contenido al anciano. Y pasa que el balde no tenía agua en su interior. En realidad, estaba lleno de diarrea humana. Nadie sabe de dónde sacó Mazorca eso, pero no puedes pedirle mucho a una mazorca. Son ciegas, y creo que tienen bajo CI. Nunca verás a una mazorca siendo astronauta, eso te lo garantizo.

»A Pes le causó asco esta escena y a mí también, así que vomitamos encima del anciano, que ya estaba todo cagado, con mierda que ni siquiera era suya. Y luego llegó el duende alcantarillado y no querrás saber lo que hizo, amigo. Si me hubiera pasado a mí, también seguiría en la ducha hasta el día de hoy. O probablemente me hubiera suicidado, como lo hizo Alfajor.

—¿Un viejo amigo? —preguntó Ricardo, encontrando mucho sentido en lo que decía Inve.

—Sí, se disparó hace un par de meses. Una chica dijo que su manjar no era tan delicioso como él creía y eso lo sumió en una profunda depresión. Tenemos el cadáver en la pieza de al lado. Mazorca se lo ha estado comiendo de a poco.

—Puedes probarlo si quieres, muchacho —dijo el anciano, sin despegar el ojo del desagüe—. Esa niña no sabía de manjares.

Inve sacó a Ricardo afuera del baño y en el pasillo se miraron largo rato.

—¿Seguro que no quieres el destornillador?

—No.

—Bueno.

Ambos siguieron mirándose, ahora tornando los ojos. Ricardo pudo ver las intenciones de Inve, porque todos allí eran de lo más predecibles.

—Tampoco voy a besarte.

—Maldita sea —masculló Inve, y se alejó de su invitado—. Bueno, ¿qué te pareció nuestra morada?

—La casa es bastante acogedora y ustedes me caen muy bien. Mis compañeros anteriores eran terribles. Tenían rutinas de lo más locas, como levantarse temprano. Algunos incluso iban a la universidad.

El rostro de Inve se separó en dos emociones: asombro y repudio.

—Esos si que nunca serán astronautas. Hijos de puta.

—Creo que solo me falta ver la habitación del tercer piso. Espero que siga allí lo que queda de Alfajor, esa sería la guinda de un delicioso pastel.

De pronto, Inve parecía decepcionado.

—Ah, me acabo de acordar que no tenemos tercer piso, y no tenemos ninguna pieza disponible. Pero Alfi está al lado, por si quieres probarlo.

Ricardo comprobó rápidamente y, en efecto, no había ninguna escalera que diera hacia un tercer piso.

—Oh, debí haber visto mejor el anuncio. Me despido entonces. Gracias por todo.

—Fue un placer. Gracias a ti por tu grata co...

Ambos se regalaron, al mismo tiempo, un puñetazo en el mentón y cayeron noqueados. Poco tiempo después salieron del baño el duende alcantarillado y el míster jabonoso, y no querrás saber lo que hicieron, amigo.

Robo frustrado

El jornalero, silbando una balada, volvía a su morada luego de un duro día en los campos. Llegó el señor a su cabaña, subió la escalera del pequeño porche y, al abrir la puerta, sintió como si le robaran la música de sus labios. Pese a que bajaba la noche, había suficiente luz para distinguir una espectral figura en el comedor. Vestida con raídos harapos, la muerte le esperaba de pie a pocos metros del umbral.

—P-pero... no lo entiendo —le dijo, sin dar crédito a lo que veía—. Tengo solo treinta y dos años. Me ejercito a diario en mi trabajo. No tengo vicios de ningún tipo. Mi l-lengua jamás ha rozado siquiera una gota de alcohol y mis... mis pulmones solo conocen lo que es el aire puro de los campos. ¿Por qué me llevas a mí, por qué ahora?

La Parca no es famosa por dar respuestas a los que aún viven. Su actitud impasible alteró en sumo grado al jornalero, quien sintió como si tuviera cortes profundos en la espalda. El hombre se fundió en sollozos y se lanzó de rodillas. Se arrastró por el suelo, con la intención de rogar a la muerte a sus pies. Con el pecho ya en la tierra y el polvo, extendió ambos brazos hacia la sucia tela, pero no alcanzó a tocarla. En ese momento, escuchó a alguien abriendo la puerta detrás suyo y se volteó. Grande fue su sorpresa al ver como entraba un hombre corpulento y barbón, individuo que le parecía vagamente familiar. Blandía sin dificultad una tremenda hacha en su mano derecha. El señor cruzó una mirada de pasmo con él, aunque no supo quién de los dos estaba más sorprendido, dada la cara que puso el ladrón, quien ya tomaba el hacha a dos manos, preparado para trazar una mortal curva que acabaría con el jornalero. Este último pensó que era el final, y en parte lo

era, pero, de súbito, el atacante quebró la postura, dejó caer el hacha y se tomó el pecho. Se desplomó pocos segundos después. Pese a su desmayo, y posterior a su muerte, en momento alguno se le borró del rostro la expresión de profundo pavor.

El jornalero se dio la vuelta, incrédulo, y le dio las gracias a la muerte.

—Ahora l-lo entiendo todo... Usted vino a llevarse a este miserable. ¡Muchas gracias, le debo mi vida!

La noche inundaba ya el interior de la cabaña, la silueta de la muerte se fue difuminando en la penumbra hasta desaparecer. No la vio más, pero la escuchó decir, con sepulcral voz, como si viniera debajo de la tierra:

—Se espera que los humanos tengan dificultades para aceptar el destino, pero tu caso es curioso. Aquel bandido al que acabas de ver morir sabía que tenías mucho oro escondido en la cabaña. Lo planeó todo muy bien, pero una puntada extraordinaria del destino, incomprensible hasta para mí, significó su final. Su corazón no aguantó el espanto ocasionado por haberse topado con un fantasma. El fantasma del jornalero que él mismo ejecutó en los campos hace una hora.

Enroque largo

Aclaración

Sentí que era indispensable escribir esta breve introducción. Enroque largo es una novela en desarrollo. Lo que se puede ver en este pdf son nueve fragmentos o, mejor dicho, nueve pistas a modo de prólogo. Esta novela contará la historia de Luciano (Dan) y su lucha contra el desamparo, la soledad, el sabotaje interno. En su errático periplo conocerá a otros como él, almas perdidas que intentan aferrarse a lo que sea, con tal de justificar su tramposa existencia.

Desconozco cuándo estará listo este proyecto, pero los siguientes bocados son una idea, aunque muy vaga, de lo que pueden esperar a futuro.

I

La conocí en una librería. Ella trabajaba allí. No puedo decir mucho más de aquel primer encuentro, salvo que compré algo de papel y no me despedí.

La segunda vez que nos vimos me confesó que había robado unos lápices caros y que le gustaba dibujar ojos.

II

Siempre que ella tenía una pesadilla me la contaba. Yo recuerdo esa maraña de tramas con todos sus detalles, pero no porque tenga buena memoria. Muy por el contrario, siempre he sido olvidadizo y todo el mundo dice que a veces me hablan y sienten que no estoy escuchando.

Pero con ella condensaba mi atención, como si fuera un asunto de vida o muerte. Sentía que era poco menos que un deber. Después, pasadas las semanas o incluso los meses, le hablaba sobre esa casona que devoraba niños por sus ventanas, o ese baño público en medio del desierto. A ella le sorprendía que yo recordara esas cosas. A mí también.

III

—¿Encontraste el libro que andabas buscando?

—Sí, ya lo guardé en mi mochila. También vi que tienes una carpeta llena de pétalos secos. Está muy linda.

—Hay una historia curiosa sobre esa colección.

—¿Me la cuentas? —Me agarró la mano y me miró con fijeza. Su lenguaje corporal era una delicia. En el no había trampas, siempre jugaba con las cartas boca arriba— ¿O quieres hacerte el interesante? Te gusta eso de andar esparciendo intrigas.

—¿De dónde sacaste eso?

—De todos estos días que hemos estado hablando.

Ese cúmulo de nostalgias y placeres para olvidar. Paseos sin destino, cigarros que morían demasiado rápido. Variaban ciertos personajes y lugares, lo constante era una soledad normalizada.

—Cierto, cierto. ¿Como un mes o me equivoco?

Me volvió a mirar. En sus labios se dibujó una cándida sonrisa. Su forma de ser me daba ternura pero también temía por ella. Había conocido a personas así antes y todas terminaban en las redes de algún miserable psicópata.

—Diría que tienes mala memoria, pero ahora creo que es otra cosa.

Me levanté y le puse una carga nueva a la pipa.

—Bueno, volviendo a lo de los pétalos...

IV

El primer pétalo era de rosa. Tanto su color como su forma asemejaban una copa de vino. Ese hallazgo fue como el primer puñetazo en una pelea de boxeo. La nostalgia me tanteaba, y aunque no me doblegué al instante, tardé poco en sentir una suerte de nocaut emocional. Entre algunas brumas pude rescatar recuerdos de mi mamá guardando pétalos en sus libros. Tréboles, hojas de aromo, girasoles completos. Puede que sirvan más adelante, solía decir.

Me zambullí por completo en la polvareda, las texturas y la tinta, impulsado por la añoranza. Vi libros que me contaron toda su vida, vi otros que me dieron la espalda. Otros me regalaban ramitas de eucalipto, semillas o un pétalo. Estos últimos eran los que yo buscaba. Y así estuve varios meses así, hasta completar la colección.

Eran casi cuatro mil libros, ¿será que nunca los contaste, mamá? Sé que no te gustaba como escribía Bolaño, pero tenías algo en común con él. Para ustedes dos robar libros no era un delito.

V

Nos había dado por aprender a jugar cuando vimos la serie *Gambito de dama*. Éramos muy malos, pero disfrutábamos el ajedrez. Yo hasta hice trampa y vi unos videos a escondidas, para tener algo de ventaja. No era que supiera lo que estaba haciendo pero intentaba siempre jugar a la defensiva. Cuidaba cada una de mis piezas como si tuvieran alma, como si al ser capturadas vivieran un terrible martirio del cual eran conscientes. Ella, en cambio, era mucho más alocada para jugar y estaba dispuesta a todo con tal de aniquilar al enemigo. Le encantaban los sacrificios y enredos tales que al final ni ella entendía bien qué era lo que estaba sucediendo en el tablero. Cuando le desarmaba un ataque prometedor, se aburría de inmediato y dejábamos de jugar. Parece que es cierto eso que dicen, que el estilo de un ajedrecista es similar a la personalidad que uno tiene en la vida real.

VI

En ocasiones siento que las historias se tejen a sí mismas, que la intervención de sus actores no es más que la maniobra premeditada sobre un telar. Podía pasar horas viéndola dibujando ojos y sentía que era algo del destino, que más temprano que tarde, cada trazo hecho en el papel terminaría reflejado en su pupila y luego en la mía. Esos hilos que me arrastraron con ella, me enseñaron cosas. Aprendí con mucho dolor que a veces, la imagen mental que tenemos de alguien dista mucho de lo que realmente es. Todos jugamos a lo mismo. Creemos saber bien las reglas, pero cuando perdemos, miramos en torno y decimos que alguien nos hizo trampa. Tampoco indagamos en el asunto, no es placentero descubrir que nuestra percepción es un cadalso, y la justificación que damos, a menudo termina siendo nuestro reflejo en el filo de la guillotina.

VII

Sus ojos eran una réplica exacta. No solo esa impresión de estar viendo piedras en tonos verde azulados, fue que vi el mismo cansancio aferrándose en su mirada, abatida por una enfermedad que no daba ni un minuto de solaz. Disimulé lo mejor que pude y le mostré la tienda como a cualquier otro cliente. De no haber sido por su voz, que era muy diferente a la de mi madre, hubiese pensado que me hallaba delante de ella. Nos despedimos en breve y con algo de dificultad la señora abandonó el local. Luego de eso me encerré en el baño por un momento, luché y fui capaz de reprimir una tristeza que daba por soterrada.

Me fui pensando en eso todo el camino de regreso. No solté ni una lágrima en el biotren, ni una sola cruzando la pasarela. Llegué abatido a mi casa. Metí a duras penas la llave en la cerradura y tuve que apoyarme sobre las rejas. Sentí que se me desplomaban las nubes encima. Lloré como aquella noche mamá, en la que te di un último beso en la frente helada y después cubrí tu cara con las sábanas.

VIII

Podías oír su lamento escurriéndose por la fría escalera de baldosas. La casa, que era como un lóbrego mausoleo, era enorme para tan afligida soledad. Lloraba de dolor, completamente abandonada en esa cama que la tenía prisionera. Era insoportable sentirla así, vulnerable y desolada. Saber que nada se podía hacer y que todo iba de mal en peor. Su huesudo cuerpo comenzó a estirarse y...

Desperté con la espalda mojada y las orejas hirviendo. Fue una pesadilla. Nosotros nunca la dejamos sola. Nos turnábamos entre los tres para que nunca estuviera sola.

IX

—Si fueras una canción, Dan, ¿cuál serías?

—Almost blue, de Chet Baker. ¿Y tú? —la brasa levitó de mi mano hasta la suya, un poco más arriba fue presa de sus labios agrietados.

—Don't stop me now —dijo, y aguantó una buena bocanada.

—¿Tan rica estaba?

—Tienes buena mano —Y otra más.

Cadáver al cenicero, relámpagos carmesí en los ojitos que me observan. Torbellino en la mente, algo húmedo en la memoria. El humo dibujando siluetas en el aire, su cuerpo encaramándose, de nuevo esos labios resecos. El invierno colándose por la ventana, pintando sus manos ardientes, juguetonas, mi torso desnudo. Cierro los ojos. Escucho como si tomara fotografías, como si quisiera guardar para siempre el momento, que sé ya está perdido. Olvidado. Enterrado. Puede que algún día, quizás, vuelva a mí esta textura alfombrada, esta dualidad de caricia antagónica entre el frío de la tarde y las palmas fervientes, esta compañía desinteresada y al mismo tiempo el sentimiento de estar solo. Quizá vuelva a mí ese pedazo de lo que fui alguna vez, esporádico y fugaz como el chispazo de un encendedor, e ilumine un poquito, por un par de segundos. Es todo lo que necesito para no darme por vencido.

Si quieres apoyarme

Si llegaste hasta acá, espero que hayas disfrutado los textos y te doy las gracias por darme eso tan valioso que es tu tiempo y tu atención. Significa mucho para mí que hayas adquirido este humilde texto en pdf y que lo hayas leído. Siempre he querido ser escritor, es un sueño que tengo desde muy pequeño. Incluso abandoné el colegio para dedicarme a ello, y poco después de ganar mis primeros premios literarios, ocurrieron cosas en mi vida personal que me alejaron de la escritura por años, truncando mi carrera literaria y, de paso, produciendo en mí una gran insatisfacción y tristeza. Después de mucho tiempo reflexionando y cansado de estar en trabajos que no son lo mío, reviví este antiguo proyecto llamado **Letras Para Quemar**, y aquí estamos. Hago esta pequeña sección para pedir apoyo a aquellos que deseen ayudarme, y si no puedes, quédate tranquilo/a, que ya con haberme leído me has hecho un inmenso favor y me hiciste muy feliz.

Formas en las que puedes apoyarme:

😀💛 Comparte este pdf, **recomiéndalo** a personas que crees que podrían disfrutarlo.

😀💛 **Sígueme** en mis redes sociales y **comparte** mi contenido.

😀💛 **Envíame un mensaje** con alguna crítica, comentario o sugerencia. Me encanta hablar con gente cuya pasión es la lectura/escritura.

😀💛 Hazme una **donación**: Cualquiera que sea el monto, me servirá muchísimo y usaré todo lo conseguido para costear los gastos de mis primeras impresiones, el desarrollo de mis novelas y otros muchos proyectos. Puede ser una donación única o, si lo prefieres, una donación mensual, en cuyo caso te convertirías en uno/a de mis mecenas y verías contenido privado y exclusivo, así como otros beneficios a mediano y largo plazo.

😀💛 **Solicita mis servicios** como redactor: ¡puedo ayudarte a escribir lo que sea!

Contacto

Si deseas realizar una donación, solicitar mis servicios de redacción o simplemente enviar un mensaje, estos son los canales oficiales de LPQ:

✅ **Correo electrónico:** ridelv95@gmail.com
✅ **Sitio web:** www.letrasparaquemar.com
✅ **Instagram:** @Letrasparaquemar
✅ **Facebook:** Letrasparaquemar / Dan Olvido

De corazón, muchas gracias por tu tiempo.
Te deseo éxito en todo, y ojalá volvamos a vernos pronto 🙂

Dan Olvido